Lin Shu, autor del *Quijote*

Por **MIKAËL GÓMEZ GUTHART**
Traducido por Debora Babiszenko

China es uno de esos singulares indicadores que al parecer nadie aborda impunemente: pocos autores saben tratarla sin exhibir sus fantasías más íntimas; en ese sentido quien habla de la China habla de sí.
Simon Leys

El nombre de Lin Shu les resulta sin lugar a dudas totalmente extraño. Sin embargo, debería figurar desde hace muchísimo tiempo en todos los manuales de historia de la literatura. Originario de la región de Fujian, al sudeste de China, este gran erudito autodidacta proveniente de la dinastía Quing, la última en haber reinado en el Imperio chino, era pintor, calígrafo, novelista, cuentista, poeta, ensayista y traductor. Es en efecto el autor, desde fines del siglo XIX, de las primeras traducciones literarias en China, cuyas bibliotecas estaban, por así decirlo, desprovistas de ellas, pues la tradición china estaba constituida desde hacía siglos por comentarios de textos chinos antiguos y no de importaciones. De este modo, Lin Shu contribuyó vastamente a llevar al conocimiento de los lectores chinos autores y obras extremadamente exóticas, principalmente provenientes de Inglaterra en un primer tiempo, luego desde Francia, Estados Unidos, Suecia y Alemania. No obstante, este último no hablaba ni leía ninguna lengua extranjera. Primero, se hacía leer en voz alta los textos por un asistente-traductor que dominara, al menos en teoría, la lengua de origen y que pudiera arriesgarse sin demasiadas desavenencias a una interpretación en mandarín oral; según los dichos de sus más finos exégetas —poco numerosos, por cierto—, Lin Shu reescribía todo en mandarín clásico intentando tanto como le fuera posible pegarse a la partitura. A saber, privilegiando la trama del relato antes que su melodía, su ritmo o su estilo. Lin Shu, autorizándose a sí mismo, gozaba de la sorprendente facultad que consiste en poder leer cualquier lengua a través de los ojos de otro.

Ayudado por diecinueve asistentes sucesivos, tradujo, o más precisamente reescribió, cerca de doscientos clásicos de la literatura occidental, entre ellos Balzac, Shakespeare, Dumas padre e hijo, Tolstói, Dickens, Goethe, Stevenson, Ibsen, Montesquieu, Hugo, Chéjov o Loti. Algunas de sus adaptaciones se convirtieron incluso en verdaderos *best sellers* en China a comienzos del siglo XX, tales como *La dama de las camelias*, rebautizada para la ocasión *La herencia de la dama parisina de las camelias*. Resulta aún más fascinante y misterioso que una cincuentena de sus traducciones no publicadas serían textos de los que nadie ha sido capaz de identificar hasta el día de hoy ni el autor ni la lengua de origen. Entre sus manuscritos perdidos se encuentran obras maestras que ignoramos por completo.

Los libros a menudo toman un atajo y otros *senderos que se bifurcan* para franquear las fronteras y llegar allí donde no se los espera. A la historia de la literatura, incluso de la escritura, no le faltan ejemplos en la materia. El joven Bashevis Singer —traductor de Knut

Hamsun, Romain Rolland o de Gabriele d'Annunzio al ídish— no tenía, al parecer, la más mínima noción de noruego, de francés o de italiano; había operado a partir de traducciones alemanas que circulaban en la Polonia de la preguerra. Witold Gombrowicz es otro ejemplo famoso, al reescribir él mismo en Argentina su *Ferdydurke* en español con la ayuda de Virgilio Piñera y Humberto Rodríguez Tomeu, dos escritores cubanos que no habían escuchado jamás una sola palabra de polaco; luego retradujo esta versión al francés, con la ayuda de un profesor de la Alianza Francesa de Buenos Aires, para desembocar en lo que sería la primera edición francesa de *Ferdydurke*, publicada por Maurice Nadeau en 1958.

En 1921, Lin Shu decide abocarse al *Quijote* a partir de una traducción inglesa que databa de 1885. Su asistente Chen Jialin, habiendo seguido una parte de su formación universitaria en Inglaterra, parecía estar a la altura de hacerle la lectura, según una técnica bien afinada. Sin embargo, sólo ofreció una versión parcial, no solamente rellena de agregados de diálogos inéditos, sino también amputada de numerosos capítulos, entre ellos su célebre prólogo: o sea, un total de doscientas ochenta y cinco páginas correspondientes a la primera parte de la obra maestra de Miguel de Cervantes, lo cual nos remite a la empresa secreta de un tal Pierre Ménard, que, según Jorge Luis Borges, ambicionaba justamente reescribir el primer libro del *Quijote*.



Lin Shu, a la derecha.

Esta *Biografía del caballero loco* (o *Vida del caballero embrujado* según las traducciones) fue publicada en 1922 en Shanghái, mercado fuerte de la industria del libro chino, entonces apodado el París del Oriente, con sus editores, sus imprentas y sus cafés literarios. Lin Shu, deteriorado por una enfermedad, muere dos años más tarde y tira la toalla con este medio-*Quijote*.

No resulta anodino recordar que *Don Quijote de la Mancha* cuenta precisamente las peripecias de un anciano enfermo enamorado de las novelas de caballería y que esta sería una traducción del árabe de un texto que Cervantes atribuye sagazmente a un historiador musulmán. El subterfugio del falso traductor era un juego de manos recurrente en la literatura caballeresca del siglo XIV, donde los autores a menudo pretendían que sus escritos fueran en realidad traducciones del toscano, del tártaro, del florentino, del griego, del húngaro, incluso de lenguas no identificadas. La modernidad literaria se abre entonces en 1605 con una obra que sería una traducción y cuyo protagonista es un lector de novelas. El círculo está bellamente cerrado.

Una traducción, en cuanto que reescritura, por más fiel que sea, no equivale en absoluto a la obra de origen. José Ortega y Gasset señalaba a este respecto que se trata, en el mejor de los casos, de «un camino» hacia esta. La increíble cabalgata romanesca del ingenioso Lin Shu, secundado por su fiel asistente Chen Jialin, lejos de traer una desilusión, es muy por el contrario una desconcertante ilustración.

Mikaël Gómez Guthart reside en París y es traductor del español al francés y a la inversa. Ha traducido, entre otros libros, *Correspondance*, de Alejandra Pizarnik/León Ostrov, y *Quoi faire*, de Pablo Katchadjian. Desde 2012 es lector para la editorial De Seuil.